

CAPITULO X

Marcha de Alonso Dávila para la provincia de Acalán.—Llegada á una laguna.—Prosiguen su marcha hasta alcanzar un afluente del Grijalva.—El pueblo de Tenosique.—Inquisiciones sobre el camino de Acalán.—Continuación del viaje.—Otra laguna les estorba el paso.—Investigaciones del lugar por donde había atravesado Cortés.—Regreso á Tenosique.—Cuarteles de invierno en las cercanías de este pueblo.—Atravesan con canoas la laguna y los esteros inmediatos.—Entrada en Acalán.—Se funda una villa llamada Salamanca.—Dávila cambia de opinión, y resuelve abandonar la villa recientemente fundada.—Visita de Mazaclán.—Desvío y tenacidad de los mazotecas.—Decide Alonso Dávila salir á la orilla del mar.—Absoluta carencia de guías.—Un muchacho les indica el camino de Champotón.—Llegada á Champotón.—Informe de Dávila á Montejo acerca de su expedición.—D. Francisco de Montejo, el viejo, relegado á Xicalango después de su destitución del gobierno de Tabasco, y prisión que le hace sufrir Baltazar Osorio.—Recibe en Xicalango el informe de Dávila, y se traslada en canoa á Champotón. ¹

Cumplió Don Juan Enríquez de Guzmán su oferta de proporcionar á Dávila guías prácticos que por las fronteras de Chiapas le llegasen hasta los términos de la provincia de Acalán. Con ellos salió de Chiapas, y atravesó la provincia de los Tzentales ó Tzendales. Tenían orden los guías de acompañar á Dávila hasta alcanzar los países cuya lengua les fuese desconocida, y así lo hicieron. Dávila, sin intimidarse por la carencia de prácticos y la ignorancia absoluta de los lugares, pasó adelante, sereno é imperturbable: estaba acostumbrado á desafiar peligros y á explorar lo desconocido. Si des-

¹ Oviedo, op. cit. tomo III, pág. 235.

de que emprendió su marcha en Teapa hubiese seguido el trayecto de Cortés, le hubieran auxiliado con alguna luz, algunos compañeros de este conquistador que llevaba en su ejército; mas extraviado en la frontera de Chiapas, andaba en la más completa oscuridad.

A pesar de todo, siguió su viaje hácia el oriente. Los obstáculos, creciendo cada vez más, bastaban para infundir pavor al corazón más intrépido: no había caminos, ni aún senderos, los soldados tenían que abríselos por su propia mano; las peñas tajadas ó abruptas, las corrientes, los anegadizos, los bosques intrincados se sucedían sin dar respiro; insectos ponzoñosos, alimañas salvajes causaban constantes molestias; tornáronse los caballos en carga pesada, en vez de auxilio, porque extenuados, flacos, con las herraduras desportilladas, los lomos plagados de mataduras, tenían que ser llevados al ronزال por sus ginetes.

Después de andar leguas y leguas, sin encontrar población alguna, ya el aburrimiento los carcomía cuando la suerte les deparó salir frente á una laguna que les pareció de diez ó doce leguas de circunferencia, y en medio de la cual se distinguía una isleta y señal de caserío: alegre encuentro que no quisieron desperdiciar; pero como si sintiesen la humedad del agua y estuviesen imposibilitados de llevarla á sus labios, así estuvieron en presencia del pueblo que se dibujaba en el horizonte: no veían esquife alguno para surcar las ondas y trasladarse á la población que en frente les sonreía.

Don Alonso de Luján eligió entre los caballos

los menos maltrechos, y, montando con varios atrevidos ginetes, fué á practicar un reconocimiento por las orillas del lago. Toparon cuatro canoas pequeñas amarradas á los árboles, que de seguro se empleaban para el transporte de pasajeros. Estaban solitarias, pero en estado de poder servir, y para ellos eran hallazgo afortunado. Se apoderaron de las canoas, las ataron todas en forma de balsa, y las rempujaron hasta el sitio donde Alonso Dávila los esperaba con el grueso del ejército.

El embarazo estaba salvado: había ya modo de hacer un desembarque en la isla vecina, y Dávila dispuso que doce ballesteros, metiéndose en la balsa y llevando al nado los caballos, se trasladasen á la isla, y, puesto pié en tierra, devolviesen la balsa para que trasladase el resto de la gente. Fué puntualmente obedecido: los ginetes saltaron en tierra á la par que los caballos, y, montando con presteza, penetraron al pueblo sin temor. Los habitantes atónitos no pensaron en hacer frente, recogieron cuanto podían tener á la mano, y emprendieron la fuga por el lado opuesto. Las familias huían á bandadas, y cuando los ballesteros penetraron á las casas, las encontraron todas desiertas, aunque no desprovistas de buenos alimentos. En su registro, dieron con una mujer inerme y desfavorida, y, sacándola de su escondite, iniciaron con ella estrecha averiguación, inquiriendo la naturaleza de los habitantes del pueblo, su gobernante y si había alguna esperanza de adquirir metales preciosos. A todo satisfizo la medrosa mujer, que era una esclava del cacique del pueblo: les informó que su amo era muy rico, y que su tesoro montaba á

una docena de cargas de oro. Tal noticia deslumbró á los invasores, y, aguzada su codicia, la invitaron á descubrir la guarida de su señor, y á ello se ofreció gustosa: que nada hubiera rehusado entre el temor de la muerte que juzgaba próxima en manos de aquellos extranjeros.

En tiempo que esta información se tomaba, la balsa había dado varios viajes, y todo el ejército estaba acampado en la isleta. Lo que más urgía era apoderarse del tesoro del cacique que ya relumbraaba con vivos fulgores ante la imaginación de los españoles, y, con este fin, Dávila dejó una guarnición en la isla, al mando de Don Alonso de Luján, y se embarcó con el resto de su tropa, llevando por guía á la cautiva esclava.

La isla había sido desamparada por sus habitantes, los cuales, en espesa turba, ocupaban las orillas circunvecinas, de modo que pudieron pensar los españoles que no se les dejaría saltar en tierra sin una sangrienta refriega. Se apercibieron á ello con denuedo, mas no tardó en desvanecerse todo temor; no tan pronto las canoas pusieron la proa en dirección á las orillas aledañas, cuando éstas se despejaron: los indios huyeron, y con tal prisa que abandonaron muchas cargas de plumas doradas, mercancía con que traficaban mucho y que servía para fabricar hermosos penachos, muy de moda en las comarcas confinantes: los habitantes de la isleta no eran guerreros, sino comerciantes que escaparon despavoridos.

Una vez que Dávila y su fuerza desembarcaron, siguieron su exploración, si bien infructuosa para alcanzar el codiciado tesoro. No dieron con

el cacique, y apenas pudieron cautivar á algunos vasallos de él: caminando bajo del bosque, notaron huellas humanas que les hicieron sospechar que no lejos debían estar algunos de los fugitivos, y, con objeto de no errar el golpe, se aproximaron cautelosamente siguiendo las huellas señaladas en el terreno, y así consiguieron llegar, sin ser sentidos, á un sitio sombrío en que se escondían algunos indios rezagados y pusilánimes, sobre los cuales cayeron de improviso. Siempre era magnífica adquisición: se proveyeron con ellos de guías que tanta falta les hacían, y se volvieron al real de la isleta. Con auxilio de los informes de los prisioneros, se orientaron y pudieron averiguar cuál era el camino de Acalán. Dejaron atrás la isleta y la laguna, y se internaron en el bosque conducidos por los cautivos guías.

El camino fué haciéndose cada vez más húmedo: iban dejando tras sí las niveas crestas de las sierras que aun se diseñaban en lontananza, cerrando y recubriendo sus quiebras, y entraban en llanuras bajas y anegadizas. Luego dieron en plena ciénaga que los forzó á hacer prolijos reconocimientos para vadearla, y, después de penosos ensayos, la hubieron de atravesar. Divisaron una corriente caudalosa: debía ser un gran río, y á él se dirigieron sin vacilar: era más fácil navegar por ríos que vadear ciénagas con el lodo hasta la cintura. En efecto, aquella corriente era uno de los afluentes más notables del Grijalva: era el Usumasinta. En su ribera, y junto á un remanso, entre follaje de extremada frescura, descubrieron un pueblecillo de indios de costumbres pacíficas y hospi-

talarias. Estos no huyeron á la vista del hombre civilizado, no se ocultaron en las selvas; esperaron á los españoles con tranquilidad, y los trataron como amigos: los hospedaron, los alimentaron, los proveyeron de víveres y les enseñaron el rumbo del camino de Acalán. Como había que subir río arriba, les dieron algunos bateleros prácticos y botes. Estos eran pequeños ligeros esquifes de río, largos y angostos, de una sola pieza de madera, escarbados á pulso, y en forma de artesa ó dornajo. ¿Cómo conducir en ellos los caballos, si los hombres á duras podían acomodarse en su interior? La industria y constancia españolas se ingeniaron; el embarazo fué superado con maña: amarraron las canoas de dos en dos, costado con costado, tan estrechamente que parecían cosidas; aseguraron en el centro una vela, y luego metieron los caballos á través, de modo que en una canoa llevasen los pies delanteros y en otra los traseros, y así en esta disposición, dirigidos por los indios prácticos, fueron subiendo el río. La barranca era alta y escarpada por ambas riberas, y, caminadas leguas, distinguieron á cierta distancia de la opuesta orilla, á la luz de los últimos rayos de un sol de verano, casas blancas, alegres, con sus cobertizos pardos, y, al rededor, una extensa sabana ó prado natural cuya verdura formaba risueño horizonte. Se apearon en un recodo menos escarpado y se dirigieron á la vecina población, que no era sino el pueblo de Tanochil ó Tenosique. Llegaron allí en la noche, tomaron rancho, pidieron guías, y se dispusieron á salir á los primeros albores de la mañana. Nada les fué negado, y al día siguiente continuaron su camino, siem-

pre en busca de Acalán. Este trecho era un desierto: ni un solo pueblo, ni una sola choza, ni un caminante denunciaban la existencia del hombre en aquella soledad: se distinguían, en una prolongada llanura, horizontes lejanos de arboledas espesas: caminaban de día bajo los rayos ardientes del sol, y reposaban de noche en tiendas de campaña.

Una mañana, cuando el sol ya había salido regando la tierra con su vivo resplandor, un viento húmedo y fresco empezó á azotar sus rostros. Esta frescura anunciaba la cercanía de las aguas: ¿era el mar, era algún río el que así humedecía la brisa que oreaba sus frentes? No tardaron en salir de la duda. A lo lejos columbraron un claro luminoso entre todo aquel mar de verdura; vapores ligeros y blancos flotaban como un tenue velo; y luego se hizo perceptible una extensa laguna,¹ profunda, espaciosa, prolongada que les cerraba el paso. Se propusieron explorarla, rodearla para buscar vado; pero la tierra se hundía bajo sus pies: la laguna estaba rodeada de pantanos en que no se podía avanzar ni á pié ni á caballo. Sorprendidos, confusos, inquirían de sus guías porqué los habían traído junto á este atolladero; y no daban otra respuesta sino la de que éste era el único camino para Acalán, y que era im-

¹ «A cabo de quince leguas de despoblado, llegaron á una laguna muy grande que tenía de través dos leguas en ancho, de la cual longitud ni sabían ni se podían ver los extremos.»—Oviedo. *Op. cit.* pag. 240, tomo III.—«Y después de haber andado tres días por unas montañas harto espesas, por una vereda bien angosta, fuí á dar á un gran estero que tenía de ancho más de quinientos pasos.» D. Fernando Cortés. *Carta V de relación*.—Otros autores afirman que el puente de Cortés fué echado sobre un río. Véase á Francisco López de Gomara, *Conquista de México*, y á Cogolludo, *Historia de Yucatán*, tomo I. pág. 83.

prescindible cruzar la laguna, á menos que se quisiese renunciar á la empresa.

Se recordó que Hernán Cortés había transitado también por aquellos lugares y que había construido un puente de vigas que á su parecer había de ser muy firme y duradero. Debía quedar en pié, y, como pasó el conquistador de Méjico con su ejército, podía Dávila pasar con el suyo. Inquirió de los indios si recordaban por dónde había atravesado Cortés y dónde estaba el puente que construyó. Le confirmaron en sus sospechas: por allí debía de ocultarse el puente que, según contaban algunos, era camino recto para Acalán. En el acto se hicieron diligentes pesquisas á lo largo de la laguna: nada se halló sino algunos horcones sembrados en el agua: las vigas tan gordas como el cuerpo de un hombre de que habla Cortés, habían sido arrastradas por las aguas. No quedaba sino volver á construir el puente, y, sin hesitación alguna, Dávila se propuso imitar á Cortés. No estaba sobrado de gente como él, no le llovían auxiliares indígenas, y sus soldados se secaban de hambre; pero él abundaba en resolución y energía. Púsose á la obra: empezáronse á sembrar los horcones que faltaban, á cortar las vigas, á preparar los bejucos y mimbres para amarrarlas, á arreglar los travesaños; mas con la escasez de hombres, la tarea se prolongó desmesuradamente, y las lluvias, cayendo cada vez más recias, amenazaron inundar á la pequeña hueste. El invierno se aproximaba, y era imposible soportar sus rigores en tan extremado desabrigo. Fué imprescindible tocar retirada, y retroceder, por más duro que fuese el trance. Se re-

plegó Dávila con su fuerza á las cercanías de Tenosique, y, en el centro de unas plantaciones de maíz estableció sus cuarteles de invierno sobre unas lomas que le precavían del agua que iba cubriendo los terrenos bajos en aquella estación.

Era este el invierno de 1530, y debía ser muy crudo en aquellos campos surcados de ríos, arroyos, sembrados de lagunas y de esteros que con las crecientes convierten los prados y las florestas en lugares navegables por pequeños esquifes. Cuatro meses estuvo Dávila aislado en las cercanías de Tanochil, hasta que, á principios de 1531, pudo salir de su aislamiento, merced á los socorros que recibió de los habitantes de Tenosique. Le proporcionaron canoas, con lo cual, y la desesperación que tenía de salir de aquel mal paso, Dávila desistió de su proyecto de reconstruir el puente de Cortés. Aceptó las canoas, las amarró de par en par con bejucos, embarcó los pocos caballos que aún quedaban, y, metiéndose con toda su gente en ellas, se despidió con grandes muestras de agradecimiento de los caritativos habitantes de Tanochil. Atravesó la laguna, y en la orilla opuesta dió con el camino que buscaba.

Pero en vez del camino ancho y bueno que esperaba, no había sino una angosta vereda que servía á los mercaderes de Acalán, y que en partes casi no se distinguía. Los arbustos cerraban el paso y los garranchos amenazaban las cabezas de los transeuntes: fué preciso abrirle de trecho en trecho, porque, de lo contrario, era imposible avanzar.

A pocos días, entraron en plena provincia de Acalán, y Dávila, con el deseo de no azorar á sus

habitantes, desde que la mirada alcanzó el primer pueblo, se detuvo y despachó de mensajeros á varios indios de Tanochil que le acompañaban, á fin de que patentizasen al cacique del pueblo que iba de paz, y que estaba muy distante de su ánimo toda idea de conturbarlos ó molestarlos en lo más mínimo. No estaban, sin embargo, los de Acalán en aptitud de escuchar buenas palabras, recientes como estaban los recuerdos de la expedición de Cortés, de arte que la embajada, en vez de aprovechar, perjudicó. Apenas supieron que los españoles se aproximaban, emprendieron la fuga despavoridos, y fueron á ocultarse en el riñon de la selva con sus esposas é hijos. Fué tanta la premura con que dejaron sus casas que no llevaron ni ropas ni víveres; abandonaron cuanto poseían, y cada casa parecía una alhóndiga: no era de extrañarse, al recordar que esta tierra era toda un pueblo de mercaderes.

No les pesó á los españoles la abundancia de provisiones: se alojaron cómodamente en la capital de Acalán admirando su disposición. Se conocía que la ciudad era notable y bien poblada: había como novecientas ó mil casas de paja con sus paredes enjalbegadas que daba alegría verlas.¹

A la mañana siguiente se dejaron ver algunos indios: eran enviados del cacique de Acalán que traían un recado para Dávila, pero que andaban recatados con el temor que llevaban en el cuerpo. El jefe español había dado la consigna de que á todos los naturales se les tratase con bondad y se les

¹ Fernández de Oviedo op. cit. tomo III, pag. 242.

infundiése confianza. Los soldados los llamaron y acogieron con agasajo, llevándolos á presencia del teniente de Montejo, que también se mostró con ellos afable y bondadoso; y, oyendo que el cacique deseaba tener con él una entrevista, cosa que deseaba con más veras, se apresuró á manifestarles, por medio del intérprete, que estaba dispuesto á recibir la visita del cacique; que no tardase en venir y volver á su morada, y lo mismo los habitantes del pueblo, pues á todos ofrecía garantía la más completa en su honor, vida y hacienda, de lo cual podían ver muestras claras en el respeto con que su tropa había tratado sus casas desde que fueron ocupadas.

Renació la confianza con este mensaje, y, á poco, el cacique y cuatrocientos indios principales volvieron al pueblo con un rico presente de aves y otros alimentos, y entre ellos ricos tamales de carne envuelta en pan de maíz. Dávila recibió el donativo con agrado, y, conversando despacio y á su gusto y libertad con el cacique, se informó del cacicazgo, de sus pueblos, gente y riqueza. Supo que los habitantes de Acalán traficaban constantemente por mar y por tierra; que en sus canoas salían hasta la laguna de Términos y golfo de México; y que, en sus correrías terrestres, avanzaban de un lado hasta Tabasco y Chiapas, y del otro hasta Honduras y Guatemala. Sus principales artículos de comercio eran cacao, ropa de algodón, tintes, copal, arcilla azul para unirse el cuerpo, y cuentas coloradas de caracoles para adornos y dijes.

Con haberse explayado el cacique en su conversación, causó en el ánimo de Dávila cierta ilu-

sión y entusiasmo en cuanto á las ventajas de Acalán, y le decidió con ligereza á fundar allí una población de españoles. Justamente traía la instrucción de poblar en Acalán, y juzgó que no debía desperdiciar ocasión tan acertada, conociendo la comodidad del país, y contando con la amistad del cacique. Fundó una villa, y le puso también el nombre de Salamanca; repartió los pueblos circunvecinos entre varios capitanes, y los declaró encomenderos, asignándoles el número de feudatarios y términos á sus encomiendas, conforme á las costumbres entonces vigentes. Los de Acalán no se mostraron rehacios en aceptar el yugo español: se conformaron con las órdenes de Dávila, y empezaron á servir á sus encomenderos.

Tenía el pensamiento Dávila de que, al salir de Acalán, habría de dejar allí una guarnición que sostuviese al ayuntamiento que había elejido y á los encomenderos nombrados; pero pronto cambió de dictámen y desistió de su propósito, persuadiéndose de que el paraje era inadecuado para que prosperase una villa de españoles.

Los de Acalán eran de condición mansa, industriosos, servían á los españoles con docilidad; pero la provincia estaba aislada entre esteros, ríos y lagunas, y una población de españoles no podía contar con seguridad de relaciones con los países ya colonizados. En caso de un levantamiento, corrían riesgo de ser sacrificados, por falta de auxilios oportunos y de fáciles comunicaciones; no había metales preciosos, sueño encantador de los conquistadores; y, aunque había abundancia de géneros de primera necesidad, basando en el oro y la